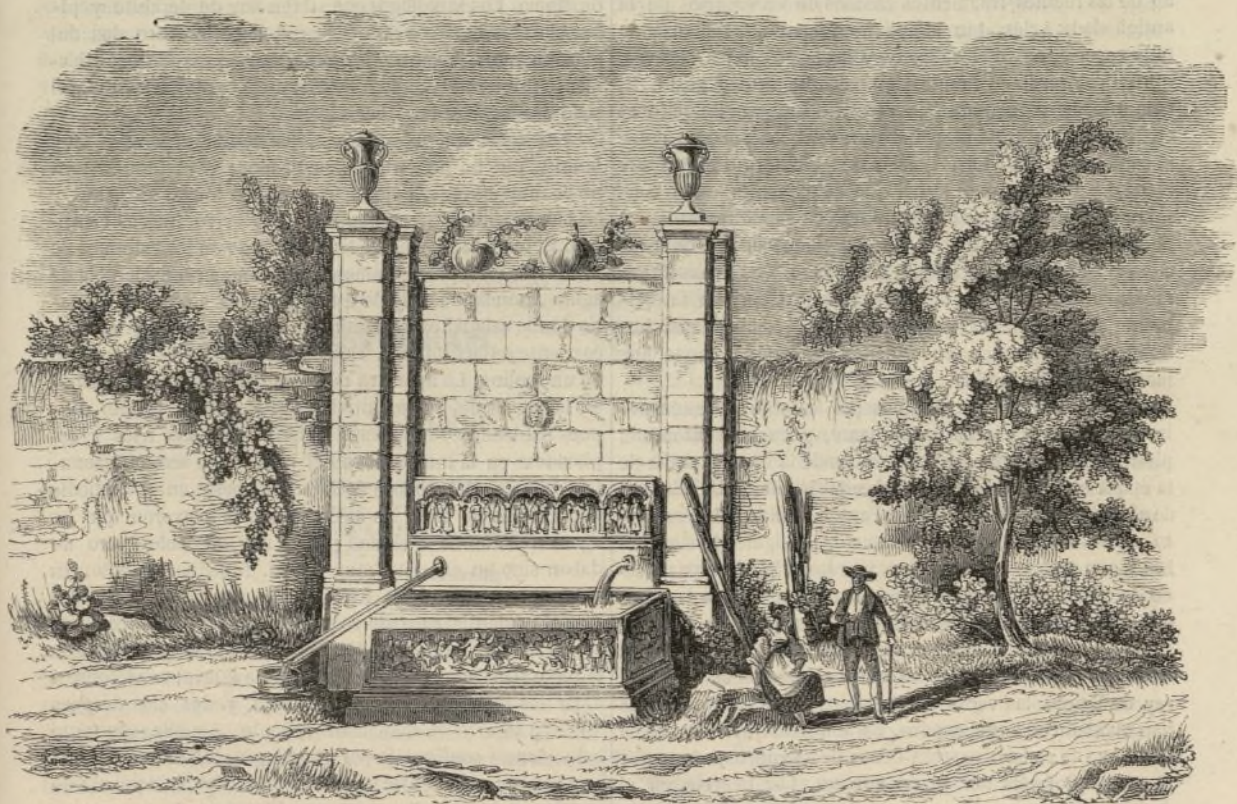


LOS BAÑOS DE SEXTIUS EN AIX.

Hacia el año de 630 de Roma, ó 124 años antes del nacimiento de J. C., las poblaciones galas que habitaban las márgenes del Mediterráneo se hallaban en guerra civil, y los romanos para establecerse en el país no dejaron de intervenir en la cuestión á título de auxiliares. Se habian declarado contra la tribu de los *salios*; y sus legiones dirigidas por el cónsul Cayo Sextio perseguian los bárbaros al través de la Provenza.

Por último, Sextio los obligó á aceptar la batalla sobre las márgenes del *Arc*, entre el *Durance* y el mar: los *salios* sufrieron una completa derrota, y todo el litoral entre Marsella y la Italia fué pronto conquistado y ocupado por los romanos. El sitio en que Sextio habia conseguido la victoria, uno de los mas felizmente situados de toda la comarca, era un valle llano que bañado por un pequeño riachuelo poseia muchos manantiales frios, tibios, y calientes, y cercaban por todas partes fértiles colinas. El general romano resolvió asentar su campamento en aquella llanura que para él tenia tan gloriosos recuerdos, y que ademas le era muy precioso porque esperaba que sus aguas termales le curasen de los dolores de gota que le atormentaban.



La fuente de los baños de Aix.

taban. Poco á poco el establecimiento de los romanos fué desarrollándose, y se consolidó: las tiendas de los soldados se convirtieron en casas; la tienda de Sextio fué un palacio; y el campamento se trasformó en una ciudad, que tomando su nombre del del general, y de la naturaleza del suelo, se llamó *Aque Sextie*, las *Aguas Sextias*. Prosperó la ciudad de Sextio; se engrandeció con monumentos, siendo para ella un manantial de opulencia sus termas. Sin embargo, en el siglo de Augusto, alteradas las aguas por alguna causa desconocida, habian perdido sus propiedades; pero la ciudad habia adquirido entonces en sí misma como colonia romana una grande importancia para poder decaer.

SEGUNDA SERIE.—1858.

Esta ciudad, cuyo nombre ya fué Sextio, se trasformó á medida que iba corrompiéndose el lenguaje, su nombre de *Aque* en el de *Aix*. Sufrió sin perecer todas las crueles vicisitudes que experimentó la Provenza entre la época romana y la era francesa. Sin embargo, la fama de sus termas se fué debilitando poco á poco; y bajo los visigodos, bajo los francos, bajo los sarracenos, ya no se hablaba de los baños de Aix. No parecian llevar ventaja alguna en reputacion, cuando los condes de Provenza hicieron su capital de la ciudad de Sextius, y llamaron á ella la civilizacion, las artes, los placeres y las fiestas. Desdeñados los manantiales habian cesado de correr, habian vuelto á sumergirse bajo tierra;

AÑO XVI. 20.

los vestigios de las termas romanas habian sido reemplazados por casas.

Desaparecidas, olvidadas, durante algunos centenares de años las aguas termales de Aix, no volvieron á encontrarse sino á fines del siglo XVII. Unos trabajadores ocupados en derribar una casa vieja descubrieron en los cimientos vestigios de construcciones romanas. Continuaron en sus excavaciones mas profundamente y de repente salieron unos chorros de agua caliente del medio de las ruinas. No se despreció ni descuidó este descubrimiento. Se organizó un establecimiento de explotacion, y las *Aguas Sextias*, vueltas á poner en boga y en crédito fueron el punto de reunion de los ociosos y de los enfermos. Para recordar su ilustre origen se creyó deber conservar los restos romanos que las rodeaban, y emplear con preferencia para el adorno de las fuentes fragmentos sacados de los edificios de la antigüedad. Arlés, tan abundante en ruinas romanas de toda especie, envió ricos trozos y hermosos bajos relieves, que se colocaron en fuentes con bastante arte y gusto. El conjunto del monumento no carece de elegancia; pero al analizar las partes de él se halla un extraño contraste entre el carácter de los adornos, el destino primero de los fragmentos empleados, y el uso á que actualmente están consagrados. La fuente se compone de dos sepulcros antiguos de mármol blanco: sirve el uno de pilon, donde caen las aguas, y el otro de recipiente ó depósito. Dos urnas funerarias coronan tambien las pilastras que terminan lateralmente el monumento, y comprueban que la muerte ha habitado en otro tiempo en aquellos lugares de donde hoy mana la salud y la vida.

Bajos relieves interrumpidos por columnitas están colocados sobre el cuerpo de la fuente, y en el fronton del pilon, y representan escenas sacadas de la historia santa de la época mas remota de los anales del pueblo judío. En uno de ellos está representado el rey Faraon, subido sobre su carro, armado con su lanza y un escudo, persiguiendo á los hebreos que acaban de atravesar el mar Rojo. El príncipe rodeado de caballeros y ginetes se adelanta en medio de las olas, en las que aparece casi sumergido ya su ejército. Otro trozo de escultura reproduce el momento en que José explica á Faraon lo que anuncian los sueños que habia tenido el rey de Egipto: las vacas y las emblemáticas espigas no se han olvidado en aquel cuadro. Faraon y los grandes de la corte que le rodean parecen llenos de asombro y de terror al oír las profecías del jóven adivino. Los hebreos en el desierto son los personajes de un tercer bajo relieve: se les ve recogiendo las codornices que el cielo les ha enviado para alimentarlos, en tanto que Moisés les enseña una columna de fuego que debe conducirlos á la tierra prometida por medio de las llanuras de la Arabia. Rasgos de historia sacados del Nuevo Testamento, la resurreccion de Lázaro, la cura del ciego en Jericó, han inspirado tambien al artista en algunas otras partes de aquella decoracion.

Estos asuntos sacados de las Escrituras santas, y representados así en la piedra, dan precisamente la fecha de aquellos sepulcros, que deben haber sido erigidos en la primera mitad del siglo IV de la era cristiana. Mucho tiempo antes de esta época la religion habia hecho ya sin duda numerosas conquistas en el imperio romano, empero el paganismo todavia no estaba destruido, era la religion del estado, y el derecho de publicidad no se habia adqui-

rido plenamente para las insignias del cristianismo. Despues de la grande revolucion religiosa verificada por el emperador Constantino, los cristianos colocados bajo la salvaguardia imperial pudieron ostentar altamente su creencia; y las artes y las letras, abandonando el terreno de la mitología, fueron á pedir sus inspiraciones á la nueva fé. El modo de ejecucion de los bajos relieves en la fuente de Sextius viene á confirmar la fecha que es mas probable históricamente. El trabajo es mediano, y ya se deja ver en él la decadencia del arte en lo imperfecto de los dibujos; el cincel ha perdido su delicadeza y su pureza; pero al mismo tiempo en la belleza del conjunto, en el vigor de la concepcion se reconoce que aun no se habian concluido las buenas tradiciones, y que quedaba alguna cosa todavia de los grandes principios generales debidos á los hermosos siglos de Roma. Los sarcófagos que sirven hoy de depósito y pilon para las aguas en donde Sextio buscaba hace dos mil años un remedio contra la gota, han encerrado probablemente primero las cenizas de algun rico señor arlesiano del siglo de Constantino.

Las aguas minerales de Aix, que son muy claras y muy limpias, que no tienen ni sabor ni olor, cuya temperatura no es muy elevada, y que igualmente se toman en baños y en bebida, presentan fenómenos de un vivo interés científico. El manantial caliente situado á uno de los extremos de la ciudad, daba primitivamente un volúmen considerable de agua. Ahondando el suelo á tres mil pies alrededor del sitio donde saltaba el manantial, se descubrió uno frio cuya corriente se facilitó para emplear las aguas en el servicio de un molino. La apertura de aquel manantial frio hizo bajar las aguas del manantial caliente; y bien pronto despues habiéndose descubierto otros manantiales frios y explotándose en la inmediacion del primero se secó el manantial caliente. Habiéndose declarado la peste en el Mediodía hacia el año de 1721, los médicos de Aix creyeron que las aguas termales de la ciudad podian ser saludables, pero no daban sino un chorrito muy ligero. Imaginaron entonces el tapar los manantiales frios, y despues de veinte y dos dias el manantial caliente volvió á arrojar sus aguas con toda su primitiva abundancia. Habiendo cesado la calamidad de la peste, las aguas frias se utilizaron de nuevo; volviéronse á abrir los manantiales frios, y veinte y dos dias despues volvió á secarse el manantial caliente. Aquella constante coincidencia confirmada por nuevas pruebas hace creer que hay comunicacion entre los dos manantiales, aunque el uno sea frio y el otro caliente; y esta diferencia de temperaturas entre aguas procedentes del mismo depósito, es una singularidad que las circunstancias hacen todavia mas extraordinaria. Preciso es necesariamente que las aguas se calienten en el tránsito que recorren entre el manantial frio y el manantial caliente; y sin embargo, aquel tránsito no es mas que de tres mil pies: pero como parecen tardar, segun las reiteradas esperiencias veinte y dos dias en recorrer aquella distancia, debe suponerse que el camino que les está trazado baja á grandes profundidades, y que en las entrañas de la tierra encuentran el lugar donde reciben su calor.

Se ha observado ademas que la temperatura del manantial caliente sufre variacion segun la mayor ó menor abundancia de sus aguas: la temperatura se eleva cuando el volúmen de las aguas disminuye; se baja, al contrario,

cuando la cantidad de aguas aumenta, como si el manantial recibiese en aquel caso aguas que no le perteneciesen. Por último, se ha notado que el manantial caliente es el último que siente las influencias de la sequedad, y que jamás se seca por efecto del calor: aun entonces parece que aumenta su temperatura, y que su volumen vuelve á su estado normal, porque se desembara de todas las aguas extrañas. Las leyes y las condiciones de estos fenómenos son actualmente objeto de estudios y de experiencias que prometen los mas curiosos resultados.

El establecimiento de los baños de Aix se halla enriquecido con un hermoso jardin, y los anticuarios apasionados comprueban este hecho, que se encuentra en casi todas las esplotaciones de los baños termales, como una tradicion de origen romano. Se descubrió efectivamente en las escavaciones una piedra sobre la que estaba grabado un altar, y el símbolo del dios de los jardines. Allí se leían estas tres letras: I. H. C., que los intérpretes han traducido: *In Hortorum Custodiam*; para guarda de los jardines. Se ha deducido de aqui que el jardin actual ha reemplazado los jardines de Sextius, como la fuente moderna ha reemplazado el baño del general romano.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

ESTUDIOS HISTORICOS.

EL JUEGO DE PELOTA DE CONDÉ.

Se dice que los lidios inventaron el juego. ¡Preveían toda la sangre que iba á ser causa de que se deramase!

OXENSTIERN.

En el año 1468, bajo el mando del severo duque y recto justiciero monseñor Carlos de Borgoña, conde de Flandes y de Hainaut, duque de Brabante, de Limbourg, de Luxembourg y otros lugares, llamado en vida el Atrevido y el Terrible, y despues de su muerte el Temerario, sucedió una cosa grave y de moral austera para los jóvenes nobles que olvidan sus deberes para con Dios y el prójimo, y sueltan fácilmente la rienda al impulso de la cólera y de las malas pasiones.

El señor Juan de La Hamaida, gobernador de Condé, señor de Haudion y de Mainvault, uno de los chambelanes del señor duque, tenía un hijo natural que se llamaba Arnoult, y que mas comunmente se llamaba, segun la costumbre de aquella época, el bastardo de La Hamaida.

Aunque diez años hacia que su padre se habia casado con la muy noble dama María Loncher, Arnoult estaba bien tratado en la casa, dedicado públicamente y muy querido de su padre, que siempre le habia proporcionado todo, y mantenía hombres de armas bajo su mando.

Este joven noble, que no tenía entonces mas que veinte y cuatro ó veinte y cinco años, se habia ya distinguido mucho. Había combatido con valor en la jornada de Montlher; y habia merecido la atencion y los elogios del señor

duque. Se le distinguía tambien entre los demas de la corte, por su ánimo, que realizaba una grande belleza, una buena fisonomía, y bellas maneras. Pero se le podia echar en cara un carácter violento y furioso. Este defecto, que era evidentemente el del príncipe, obtenia, es verdad indulgencia, aunque Carlos de Borgoña exigiese á su alrededor una bondad que él propio sabia que no tenía.

El juego de pelota, en aquel tiempo, estaba muy á la moda; al bastardo de La Hamaida le agradaba este ejercicio, y como tenía en Condé un magnífico juego de pelota que se habia hecho para él, todos los dias, cuando no estaba en la guerra, se divertía jugando allí ante todo el mundo, haciendo admirar su destreza y buen humor.

Un dia que jugaba con mucho fuego, contra algunos jóvenes caballeros amigos suyos, se presentó una jugada dudosa. Se movieron vivas disputas; se terminó, con consentimiento de las partes, en elegir un árbitro. Este lo fué un buen canónigo que estaba presente. Habiendo examinado la jugada, decidió contra Arnoult de La Hamaida, el cual, herido en su orgullo, mostró tan gran furor, que quiso matar al canónigo. Le contuvieron; pero juró con un tono tan arrebatado que se vengaría, que el canónigo espantado se fué á esconder con cuidado.

Arnoult conservó su cólera; abandonó el juego y se dedicó á la investigacion del paradero del buen hombre que habia tenido la desgracia de no darle la razon. Sospechando que se habia refugiado á alguna aldea próxima, en casa de su hermano que vivía por allí, el bastardo fué allá; pero no encontró mas que al hermano, que no sospechaba nada.

—¡El canónigo! exclamó Arnoult, quiero el canónigo; y si no me le entregas al instante, eres muerto.

Sus ojos chispeaban de cólera cuando hablaba así.

—Mi buen señor, dijo el campesino comenzando á temblar, mi hermano el canónigo no está aquí; y si os ha hecho alguna ofensa, os ruego considereis que yo estoy inocente de ello.

—Está aquí, villano, replicó el orgulloso bastardo; estoy seguro que está aquí y que me lo ocultas. Me ha ultrajado; no me ha dado la razon cuando tenía derecho á ella. Quiero su sangre.

—¡Mi buen señor, que Dios os ayude! tranquilizaos. Mi hermano es un hombre justo; si os ha negado la razon cuando teníais derecho á ello, es que se habrá engañado. El reparará su error.

El pobre hombre no comprendía el hecho de que se trataba; pero veía con espanto los siniestros indicios de una indomable cólera en las facciones del joven caballero é intentaba calmarle.

—Confiesas, pues, que está aquí, replicó el bastardo echando espuma por la boca: ¡y tú le escusas! Te digo que necesito su sangre. No saldré de aquí sino despues de haberme vengado en él ó en tí, que eres su hermano y te declaras su campeón.

Estas palabras salian entrecortadas de los convulsos labios del bastardo; el hermano del canónigo cayó de rodillas con las manos juntas, rogando y llorando, protestando de su inocencia, tomando á Dios por testigo de que su hermano no estaba en su casa, y pidiendo gracia.

Pero sus lágrimas y su actitud suplicante no ablandaron el furibundo corazón de Arnoult; de un golpe de su pesada espada que blandía con frenesí, echó abajo las manos que

el pobre hombre le tendía de rodillas, y de otro atravesándole el corazón, le derribó sin vida.

Después de esta maldad registró la casa; y no habiendo encontrado al canónigo, limpió su espada, la volvió á meter en la vaina, salió tranquilamente, volviéndose á Condé, inquietándose muy poco por lo que había hecho, confiando en que á causa de su nombre, de su elevada familia y del favor que gozaba con el señor duque, ni aun se pensaría en este negocio. Su padre en efecto estaba ligado con toda la nobleza del Hainaut. No se dió ningun paso para reparar la ofensa hecha á la familia del canónigo; no se ofreció ninguna composicion á los parientes del muerto; y el asesino, que no había temido ni por un solo instante, fué á Brujas, donde el duque hacia grandes preparativos para recibir á madame Margarita de Yorck, hermana del rey de Inglaterra, con la que se iba á casar.

Pero Carlos de Borgoña comenzaba su reinado, y observaba tal licencia en la nobleza, que no pedia otra cosa que una ocasion de hacer conocer su firme justicia. El clamor público hizo llegar á sus oídos el crimen del bastardo. Por las disposiciones que mostró, sabiendo la familia del canónigo que sería bien acogida si pedia justicia, acudieron á Brujas los parientes del muerto, se arrojaron á los pies del señor duque, y le espusieron su agravio. Carlos los levantó, les prometió que obtendrian reparacion, y juró por San Jorge que no la diferiria.

Una hora después, como el bastardo de la Hamaida se pasease en medio del mismo patio del palacio con algunos caballeros, fué arrestado de orden del duque, conducido con fuerte guardia á la prision de la Poterna, y estrechamente encarcelado.

Luego que los parientes del bastardo supieron lo que acababa de pasar, conociendo el rigor del nuevo soberano, no perdieron tiempo. Los unos fueron en casa del canónigo para entrar en composicion con él; los otros pidieron audiencia al duque.

Carlos de Borgoña los recibió en pleno consejo y delante de todos los señores de su corte. Estaba vestido de terciopelo negro con pieles leonadas, y cubierta la cabeza con un gorro rojo; su color era mas pálido que de costumbre; sus cejas negras estaban de tal modo fruncidas, que se unian, dándole un aspecto temible. Tenia la mano derecha sobre su puñal, cuya hoja sacaba y metia, pareciendo que prestaba completa atencion. Los parientes del bastardo, se habían puesto de rodillas, y suplicaban al duque suavizase su justicia en favor del jóven, recordando todos los servicios que habían hecho, y peligros que habían arrostrado en la guerra del duque, su soberano. El duque los escuchaba, apretando entre sus dientes la uña de su pulgar, como hacia cuando meditaba una resolucion. Cuando hubieron concluido, tomó la palabra, retorciéndose los bigotes. Era señal de que lo que iba á decir sería mesurado.

—Señor de la Hamaida, dijo, y vosotros sus parientes, sé todos los servicios que me habeis hecho. Pero no es esta la ocasion de recompensaros por ellos; porque el asunto de que se trata no está en mi poder. Si pedís gracia, aqui hay miembros de la familia ofendida que reclaman justicia; y mi deber es hacerla. Si hubieses contentado á la parte que se querella é impedido que su clamor llegase hasta mí, hubierais aun obtenido lo que ahora no puedo concederos; porque yo no puedo daros la sangre de su hermano que cla-

ma á mí. Contentad pues ante todo á la parte. Mas no obstante, es enojoso que la ofensa esté en mi poder, porque debo hacer caso de ella en conciencia.

Los parientes del bastardo no pudieron obtener mas que esta vaga respuesta. Se retiraron con inquietud; porque los consejeros del príncipe les decian secretamente que habían oido á Carlos de Borgoña jurar en voz baja á San Jorge que el bastardo moriria por eso mas largo ó mas corto; es decir, por la cuerda ó por la espada. Sin embargo, creyeron que el duque se miraria mucho, antes de afrontar á la caballería de Hainaut, toda interesada en aquel asunto; y por no dejar de hacer todo, se apresuraron á acallar á la familia del muerto, á la que satisficieron completamente con dinero y honrosas reparaciones. El canónigo á la cabeza de los suyos, fué á decir al duque que estaban contentos, y que le suplicaban hiciese gracia al ofensor.

El duque respondió algunas palabras de oscuro sentido, que podian significar que no todo estaba concluido; y los parientes del detenido quedaron en la incertidumbre.

En cuanto al bastardo, lo que menos se imaginaba es que moriria, y distraia los fastidios de su prision comiendo bien.

Sin embargo, estaban hechos todos los preparativos para el recibimiento de Margarita de Yorck, que debia de un momento á otro llegar á la Esclusa. Brujas estaba llena de señores y nobles de todas las provincias y del pais de Borgoña; los embajadores de todas las potencias cristianas afluan allí; una multitud de ricos mercaderes y de curiosos habían llegado para las funciones del matrimonio, que prometian mucha pompa. El duque escogia este instante y estas circunstancias para hacer resaltar mas vivamente su justicia.

El viernes 23 de junio del dicho año de 1468, antes de marchar para la Esclusa, donde iba á recibir á la princesa de Inglaterra, hizo llamar al primer magistrado de la ciudad de Brujas. Le llevó aparte, y le dijo:

—Ireis esta tarde por el bastardo de Condé; le conduciréis á la prision de la ciudad, y mañana por la mañana, á las once, le hareis ejecutar fuera de Brujas, en el lugar acostumbrado, con las formas ordinarias. Lo mando.

—Monseñor, dijo el magistrado, mi deber es obedecer vuestro mandato, y lo haré. Pero es duro que tan bello jóven, y colocado tan alto, no haya podido obtener vuestra misericordia.

—Me habeis oido, replicó friamente el duque; haced lo que he dicho, y no os ocupeis de lo demas.

En seguida Carlos de Borgoña envió al magistrado, y partió para la Esclusa.

A media noche fué el magistrado á buscar al bastardo, que estaba acostado, y no esperaba una muerte tan próxima.

Se le condujo á la prision de los reos de muerte, y se le dijo que no debia pensar ya mas que en su alma; empezó á lamentarse con gran dolor. Enviáronsele dos confesores, y el magistrado, que se interesaba por él, advirtió secretamente á su familia, á fin de que intentasen los medios de salvarle.

Desde la mañana del sábado, el caballero Santiago de Eschies fué á la Esclusa á implorar la intercesion de la duquesa madre; obtuvo su apoyo. Pero el duque, como si hubiera previsto lo que se haria, se habia ido á pasear al mar.

Eschies corrió hacia él, y no pudo encontrarle hasta las dos.

El magistrado, favorable hasta el fin al sentenciado, había hecho diferir hasta entonces la ejecución, á pesar de las órdenes formales del soberano. Pero á las dos, no viendo llegar ninguna orden, abandonó á la víctima, que se había confesado y preparado á la muerte.

Le ataron en una carreta con dos cuerdas; iba tan ricamente vestido, dice Chastelain, como si fuese llevado á desposarse. Una inmensa multitud le seguía, dirigiéndole señales de compasión; y muchas jóvenes doncellas le pedían en alta voz en matrimonio para salvarle. Pero no podía serle concedida esta gracia.

Cuando llegó fuera de la ciudad, al lugar de la ejecución, se le hizo bajar de la carreta. Se quitó su rico jubón de seda, se despidió de todo el mundo, y subió al caldoso, tocado en fin de la gracia, y diciendo que esperaba que aquella vergonzosa muerte en la flor de su vida, le obtendría de Dios misericordia. Le vendaron los ojos, se puso de rodillas, y el verdugo le cortó la cabeza de un solo golpe; después de lo que el cuerpo fué espuesto en un camino como el de un asesino.

El duque lo había ordenado así.

Durante este tiempo, el señor de La Hamaida, penetrado de una profunda aflicción, hacia arrancar sus escudos que estaban á la puerta de su casa, y no queriendo permanecer mas tiempo en una ciudad donde se creía deshonrado, marchó á caballo llevándose sus joyas.

Pero en la misma hora también, el duque, cediendo á la súplica de su madre, concedía el perdón del bastardo de La Hamaida, sabiendo muy bien por lo demás que era demasiado tarde, pero queriendo dar á la familia un consuelo, permitiéndola enterrar el cadáver en lugar sagrado. Los restos de Arnould de La Hamaida fueron, pues, bajados del palo, é inhumados solemnemente en la capilla de los Ministriles de Brujas. Y el grande acto de justicia que el duque Carlos había hecho, protegió, por el saludable terror que inspiró, á las gentes de baja condición contra los de alta clase.

EL CONDE DE FABRAQUER.

EL MONO DE CARLOS QUINTO.

La cólera no es mas que una crisis de locura.

SENECA.

Sleidan, un historiador alemán, poco estimable por lo demás, es quien nos ha conservado la pequeña anécdota sobre la que vamos á hacer una corta relación. La mayor parte de los historiadores han pasado este ligero rasgo en silencio, bajo el pretexto de que la historia debe ser grave y elevada. Mas sin embargo, la historia es el cuadro de la vida, mezcla de cosas serias y de cosas grotescas. Y frecuentemente no se aprende menos en la relación de un hecho trivial, que en el solemne sumario de lo que se ha convenido en llamar un gran acaecimiento. No despreciemos, pues, la anécdota.

Los pedantes tienen mucho que hacer, el mono de Carlos V es un personaje histórico.

Se dirá que Sleidan no ha revelado la aventura del mono, sino porque ese escritor despreciado era enemigo de Carlos V. Pero la historia no es una apología; y es útil recordar á los grandes hombres que nos rodean las debilidades de los grandes hombres que les han precedido.

El emperador Carlos V al ir á castigar á los ganeses en 1540, pasó por Amiens. Estaba triste y preocupado. Le parecía duro encontrarse contra la gran ciudad donde había visto la luz, él, que en una carta á Francisco I había tenido una especie de orgullo en tomar el título de ciudadano de Gante. Pero había habido allí tantos excesos, que era preciso castigarlos. A nadie hablaba, y toda la corte intentaba en vano distraerle. Las cosas no acostumbradas y raras, eran las únicas que tenían el privilegio de distraer un momento esta poderosa cabeza. Así fué una buena fortuna para los nobles señores que acompañaban á Carlos V, el saber, cuando pasaron por Amiens, que había en aquella ciudad un pobre hombre de gran paciencia que poseía un mono pequeño y vivo del que había hecho un sábio. A fuerza de perseverancia, había adiestrado el ciudadano al animal tan maravillosamente en el juego de ajedrez, que el mono no temía á ningún jugador, y los mas fuertes eran vencidos por él. Se encontraron justamente con que el juego de ajedrez era una de las distracciones favoritas del emperador. Se compró el mono á gran precio: le ofrecieron á Carlos V. El príncipe se mostró encantado del personaje; le llevó á Gante consigo.

Sleidan cuenta, pues, que Carlos V tenía placer en jugar al ajedrez con su monito. Este era diestro, buen jugador, pero poco cortesano: no jugaba con cuidado sino en un pequeño tablero hecho para él.

Antes de pasar mas adelante, si causa admiración el que un mono jugase al ajedrez, suplicamos al lector recuerde el autómatas que en el curso del siglo anterior, se creó un nombre por esta especie de talento. Para los que este curioso hecho no sea conocido, he aquí la descripción que se encuentra de él en todas las relaciones.

El autómatas conocido bajo el nombre de *Jugador de ajedrez*, estaba sentado cerca de una mesa, y sus piezas colocadas segun las reglas del juego. Así que se presentaba un jugador, comenzaba la partida. La figura, de tamaño natural, parecía reflexionar atentamente y recorrer todas las piezas, de modo que el aficionado que jugaba con ella tenía el tiempo necesario para meditar sus jugadas. Mas apenas había movido una pieza, el autómatas, levantando el brazo izquierdo, colocaba la suya. Cuando estaba en el caso de comer una pieza, indicaba con el dedo cuál era la que había perdido su contrario; se le quitaba y movía la suya exactamente. Cuando el jugador faltaba á las reglas del juego, la figura movía la cabeza hasta que la falta estuviese reparada. Restablecido el orden, el autómatas continuaba obrando por sí mismo, sin ningún auxilio extraño (al menos así se decía); y se asegura que jamás perdió, aunque se le puso enfrente de los mas fuertes jugadores de todos los países.

Esta admirable máquina había sido ejecutada por Kempfle, consejero de la cámara imperial y real de Presbourg.

En un autómatas, direis, puede ser, porque es el genio del hombre. Pero acaso, ¿no puede el hombre con pacien-

cia, adiestrar á ciertos animales en una habilidad mecánica? ¿No se han visto perros y caballos hacer cosas sorprendentes y demostrar una dosis de inteligencia que una máquina no puede jamás tener? Iríamos muy lejos, si quisiéramos hacer escursiones sobre este terreno. Volvamos al mono del emperador.

Un día que jugaba con su magestad, en los antiguos salones de la corte del príncipe de Gante, cuando la partida estaba muy empeñada, el mono, anunciando su triunfo por una cabriola, hizo mate á la reina.

Cárlos V, á quien sin duda afectaban otras preocupaciones, se picó tanto por aquella jugada, que en su cólera, se levantó y arrojó el tablerito á la cabeza del mono. Esto era, por mas que fuese emperador, mostrarse detestable jugador, sobre todo en tal circunstancia.

Diógenes vió un día á un ateniense que golpeaba sin piedad á su caballo porque acababa de tropezar. El caballo, irritado por el dolor, se arrastró por el suelo, y el hombre le sacudió con mas fuerza. El filósofo cínico se paró: veamos, dijo, quien será el mas racional. Era fácil de preveer: fué el caballo.

Hubiera sido conveniente que Diógenes se encontrase aquel día en la corte del príncipe en Gante. Hubiera repetido su famosa frase: los hombres deben ser ricos de razon, porque hacen de ella poco gasto.

Cuando Cárlos V recobró su sangre fria, invitó al mono á que se volviese á sentar para jugar de nuevo. El animalito, cuya cabeza echaba sangre, no quiso al principio luchar con tan atroz jugador como su amo; pero como el caballo del ateniense, el mono debía ceder. Cárlos V, se dice, le habló con tal tono, que el pobre jugadorcillo obedeció; pero no habiéndose hecho adúlador, hizo otra vez (estaba sin duda en su juego), jaque á la reina.

Pero al punto que colocó la pieza que daba jaque al emperador, se le vió hundirse rápidamente bajo la mesa, para evitar una cólera cuyo peso acababa de sentir.

Solo entonces Cárlos V comprendió á qué grado de pequeñez rebaja la cólera al hombre. Este mono, dijo, me ha dado una gran leccion.

Su hermana, la reina de Hungría, añadió: es porque todavía no hace mas que una semana que está en la corte.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

OBELISCOS.—Llámanse así los monumentos de una sola pieza que los egipcios colocaban delante y á cada lado de las principales entradas de algunos de sus templos. La forma de su obelisco es la de una columna cuadrada, mas gruesa hácia la base que hácia lo alto, y terminando en punta. Se cree que los levantaban en honor del sol ó del fuego: estaban pulimentados y cubiertos de geroglíficos (esculturas sagradas). Se vieron obeliscos de granito de una sola pieza que tenían ochenta, ciento y ciento cincuenta pies de alto, y todavía hay algunos en Egipto. Los emperadores romanos hicieron trasportar muchos á la capital. Así se ven bastantes en la ciudad de Roma delante de las

iglesias principales, y tambien hay uno magnífico que perteneció á Sesostris en la plaza de la Concordia, en París.

VIAGE A LA AMERICA MERIDIONAL.

Estracto del Diario inédito de Mr. E. Deville.

MISION DE SARAYACU.—RIVERA DE LAS AMAZONAS.

Al día siguiente de nuestra llegada se verificó la fiesta de San Francisco. Apenas rayaba el alba cuando el sonido de las campanas y los disparos de las escopetas, nos anunciaron el principio de la fiesta. Nosotros estuvimos prontos desde las seis, estando ya los indios de gran gala, con su camisa de algodón blanca, pantalon igual, las piernas adornadas de cascabeles, un bonete con plumas sobre la cabeza, y un ramo en la mano aguardando á la puerta del convento. El Padre Plaza les dió tres pálios, y les acompañó á la iglesia. Hácia el fin de los oficios, nuestros bailarines entraron y dieron su primera representacion que fueron á concluir al convento, donde hallamos á nuestra vuelta la mesa cubierta de platos á cual mas raros y variados. De tiempo en tiempo el Padre Plaza, siguiendo la costumbre brasileña, sacaba con sus dedos de la fuente ó de un plato, un trozo de pollo ó de otra cualquier cosa, y lo ofrecia á Mr. de Castelnau. Los indios no cesaban de llevar al Padre botellas de aguardiente, que este tomaba y gustaba en un vasito de madera, llamado *matte*.

La mision de Sarayacu es grande y bien dispuesta; una iglesia está construida, y otra en construccion. La aldea puede contener próximamente 1,200 habitantes, en su mayor parte indios panis, conibos, chuntaquíros, antis ó campos. Hace 45 años que el Padre Plaza vive con estos hombres, y les ha habituado á una especie de civilizacion.

Durante el mes que pasamos descansando en Sarayacu, fuimos muy obsequiados por este buen religioso y los misioneros que le acompañan. No omitió medio ni sacrificio en obsequio de nuestras colecciones. Enviaba los indios á todas partes. Habiéndole indicado el deseo de tener algunos pescados para el Museo de Historia natural de París, organizó una pesca en el vecino lago de Sarayacu, que hizo envenenar con la raíz del *Piscidia erihayna* ó *Jacquinia armillaris*; fuimos allá acompañados de cerca de seiscientos indios.

El 30 de octubre, el Padre Plaza y el Padre Antonio, nos acompañaron hasta la aldea de Belhem, donde hallamos los buques que nos habian hecho preparar.

El mismo día llegamos á Tierra-Blanca, al siguiente al pueblecito de Ventura, habitado por una treintena de indios conibos, y caminamos noche y día para llegar por el Amazonas á Naota. Pasamos por delante de Sapote, donde existió una mision para los indios majorunas, que estos destruyeron incendiándola. Resisten á civilizarse, rehusan todo vestido, y por armas se sirven de cerbatanas, de lanzas y flechas envenenadas. Pasamos tambien por delante del

canal de Pucati que se pierde en el Marañon, y marchando toda la noche llegamos frente á las islas de Cedro y de Tarpota. Como á las tres de la tarde entramos, en fin, en las Amazonas, que formando un ángulo recto, va á caer en el Ucalaya. En este punto los dos ríos tienen dimensiones casi iguales, y serán sobre poco mas ó menos como de media legua de ancho. La descripción no puede dar idea de la magnificencia de este precioso río, el mas grande y mas estenso de todos los ríos conocidos, que alimenta á tantos pueblos, y cuyas aguas escabando incesantemente sus orillas, dejan al descubierto minas de oro y plata. El país que atraviesa es un verdadero paraíso terrestre; y si sus habitantes ayudasen algo á la naturaleza, sus riberas serían vastos jardines cubiertos de flores y frutos. Algodón, indigo, vainilla, café, cacao, maderas de todas clases, se encuentran allí en abundancia.

Los desbordamientos de sus aguas fertilizan las tierras, no para un año solo, sino para muchos. Añadid á estas riquezas una prodigiosa abundancia de pescados, mil animales diferentes en las montañas, un número infinito de aves, y en el seno de la tierra piedras preciosas. ¿Qué mas pudiera imaginarse si se quisiera pintar el Eden ó las Hesperides?

Hicimos nuestro primer alto sobre el Amazonas en Naota, una legua mas arriba del Ucalaya. Yo bajé el primero á tierra á fin de entregar una carta á Mr. X..., comerciante portugués. Apenas le habia saludado me preguntó si llevábamos la medicina de Leroy; al oír mi respuesta negativa tomó un aire sumamente frío, y me envió al cura que me recibió mejor, pero con cierto sobresalto. Las palabras salían de su boca con dificultad; sin embargo, fué conmigo á buscar mis compañeros, diciéndome al mismo tiempo que no podia ofrecernos mas que una modesta hospitalidad.

Estaba con él un hombrecillo singular, cuya cabeza estaba enteramente afeitada, á la manera de los indios; algun que otro mechoncillo de cabellos caía sobre su frente. Tendría unos cuatro pies de altura. Este hombre era nada menos que el mismo gobernador, el señor don Juan Gasendis, cuya autoridad se extendia sobre otras cinco aldeas, segun se apresuró á decirnos. Si el cura hablaba poco, el señor gobernador, al contrario, no nos daba tiempo ni aun para hacerle una observacion.

Naota está habitada por los indios cocamas, y se compone de unas cuarenta á cincuenta casas construidas con estacas cubiertas de hojas de palmera. En el interior de casi todas ellas, se halla un pequeño molino de azúcar sumamente grosero. La iglesia es un largo edificio blanqueado con yeso. Al mismo tiempo era la casa de don Bernardino.

Jamás habia visto tantos mosquitos como en este sitio; los hay por millones, y tan insufribles por su zumbido como por su picadura. Es preciso haberse hallado rodeado de estos insectos para tener una idea exacta del sufrimiento que causan. Condenado uno á estar en continuo movimiento si se quiere espantarlos, y ni aun lográndolo así, se sucumbe á aquel encarnizamiento sin poder defenderse.

Los principales artículos de comercio en Naota son la salmuera y la sal que vienen de Huallaga, y que se trae en pedazos de peso de 25 á 30 kilogramos, al precio de cuatro reales. Estuvimos algunos dias en Naota para enriquecer nuestras colecciones zoológicas.

El 15 partimos y empezamos nuestro descenso por el

Amazonas. Nos fuimos deteniendo en los pueblecillos de Omaguas, Iquitos y Orégones. La estension considerable del lóbulo de la estremidad inferior de las orejas, sin que su espesor parezca disminuido, da á los orégones un aspecto sumamente extraño. Allí se ven estremidades de orejas de cuatro y cinco pulgadas de longitud, atravesadas por un agujero cuyas dimensiones varían segun la edad del individuo. Al principio, introducen en el agujero un pequeño cilindro de madera, que se reemplaza por otro mas grueso á medida que se agranda la abertura, hasta que la estremidad de la oreja cuelga sobre la espalda. Estos indios usan tambien lanzas y flechas envenenadas.

El 20 nos detuvimos en la aldea de Peba, habitada por los kaomaris, kavaches ó pebos, orégones y yaguas, cuya aldea está á dos leguas del río, en el interior. Nos dirigimos á través de magníficos bosques, en compañía del Padre Vicente, á la mision de Santa María de los Yagas. El cura Rosas, que estaba al frente de la mision, vino á encontrarnos acompañado de todos sus indios.

Estos indios son muy bellos. Se pintan todo el cuerpo de encarnado, y llevan muchos collares blancos al cuello. En la cara se dibujan bonitas figuras negras ó encarnadas. Tienen la cabeza afeitada, conservando solo cierta porcion de cabellos por la parte de delante. Para adornarse se colocan en la cabeza, ya un cerquillo de hojas de palmera, ya una cuerda á la que están sujetos cierto número de plumas de pájaros. Cuando van á oír misa, la mayor parte llevan solo camisa sin pantalones, la cara emplumada y el cuerpo pintado de encarnado.

La noche de nuestra llegada, nos festejaron los indios con una de sus danzas. Grupos de ocho ó diez hombres y mugeres, apoyándose en las espaldas unos de otros, formaban un círculo y bailaban á compás: despues vino otro grupo de niñas y niños saltando de la misma manera, y se terminó por la mascarada que representa el dibujo que damos á nuestros lectores. Bailarines y bailarinas, á la manera de los penitentes, se ponen un saco que cae hasta la cintura, con dos agujeros para los ojos y uno para la boca, en la cual tienen una hoja con la que silban como con un instrumento. Muchas hojas de palmera colgadas del saco descenden, y tapan casi enteramente su cuerpo.

Atravesamos en seguida Cavallo, Cochab, la aldea de Tochiquinas, habitada por los indios, Mayorunas, Pernah, Loreto y Tabatigua, fortaleza portuguesa bien situada sobre una altura y á poca distancia del río Javari. Sobre estas alturas se ven dos piezas de cañon en bastante buen estado. La guarnicion se compone de un comandante y cincuenta soldados. Parte de la aldea está habitada por indios de la comarca de Tiennas.

Durante mi estancia en Tabatinga, hice una corta excursion zoológica por la ribera del Javari. De Tabatinga á Para, en la navegacion del Amazonas no hay nada notable que no esté descrito. Pasamos por delante de San Pablo, el pueblecito de San Antonio, el río Jutay, la aldea de Fontebaa, Ega ó Feffé, la aldea de Coary, el río Furno dividido en tres brazos, estando cerca el último del faro de Santo Tomás; por la aldea de Pesquera y por la barra del río Negro, en Mañao, considerable ciudad donde recibimos una franca y buena hospitalidad.

El río Negro viene del Oeste del Amazonas y corre hacia el Este, inclinándose un poco hacia el Sur, al menos por

espacio de muchas leguas antes de su embocadura en el Amazonas, en el que entra tan paralelamente que, sin el color de sus aguas, se tomaría por un brazo de este río separado solo por una isla.

El 20 llegamos á Ubidos, y al otro día fuimos al río Preto de Santarem, ó río Tapajos, habitado por indios manés, que tienen la costumbre de aplastar la cabeza de sus enemi-

gos, y por los apiocas y los mondurucus, que hacen la *guarana*, bebida muy estimada en todo el Brasil. Después de haber seguido la orilla durante dos leguas próximamente, llegamos á la ciudad de Santarem, que abandonamos el 27. Continuando nuestro camino, bien pronto dejamos lejos el río Umara, Guajara, las aldeas de Almerin y de Gurupa sobre la orilla izquierda, de Breves y la de la Carolina, situa-



Baile de los indios yagas.

da en la orilla izquierda en la isla de Juanes ó Marajo-Cameta, y en fin, la linda ciudad del Para, donde á la salida del bosque de las Amazonas nos creímos trasportados á Europa. Una multitud de buques amarrados delante de la ciudad, de calles bien alineadas, de alegres casas sólidamente construidas de piedra y guijo, lindas iglesias hacen de ella una encantadora mansion.

Es de lamentar que un río tan bonito y tan rico no esté abierto á la navegacion. Los buques de vapor subirian sin ninguna dificultad hasta el pongo de Mareriche, y navegarian por el Vealaya, el río Tamba ó Apurimae, y el Patchitea las doce ó quince jornadas de Lima.

JOSE MARIA DIAZ.